

en el misterio, formándose sobre él extrañas leyendas que aumentaban su prestigio entre las mujeres.

A pesar de esto y del poco aprecio que se hacia entonces á los criollos, las riquezas de Don Diego hicieron olvidar pronto cuanto de él se decia, y le dieron un lugar preferente entre la buena sociedad, y solo los vireyes, que no podian aclarar sus dudas y que de todo desconfiaban, no se dieron por satisfechos y siguieron con su mirada indagadora hasta las acciones mas insignificantes del Indiano.

Don Diego fué uno de los mas ardientes adoradores de Doña Ana, y precisamente fué el que cayó de su gracia cuando el noble heredero de los condes de Torre-Leal se apoderó del amor de la jóven. De aquí nació entre ellos una rivalidad que bien pronto con el desden de la dama para uno y el favor para el otro, se convirtió en un odio terrible que ambos alimentaban en silencio, esperando un momento oportuno para satisfacerlo.

Don Enrique se habia gloriado un dia públicamente de haber quitado la dama á su rival, y este se pavoneaba con el orgullo de haber sido el primer dueño de aquella hermosura.

Estas palabras imprudentes llevadas por amigos mas imprudentes aún, hicieron casi imposible toda reconciliacion entre aquellos dos hombres.

Don Diego meditaba proyectos de venganza que Don Enrique presentia y procuraba prevenir viviendo en guardia.

Doña Ana con los sabios consejos de su madre comenzó á cambiar de táctica con su amante; algunas veces se pasaban varios dias sin que este pudiera hablarla, y llegó por fin á hacerle comprender que habia entre ellos obstáculos casi insuperables.

Por supuesto que tales manejos no podian menos de dar

### III.

#### El indiano.

Uno de los hombres mas notables en México en aquella época, era Don Diego de Alvarez, conocido en la ciudad con el sobrenombre del Indiano.

Jóven aún, rico, espléndido y amigo de diversiones, Don Diego era uno de los jóvenes á la moda entonces.

Contaba el Indiano cuando mas treinta años, y su fisonomía revelaba que pertenecia á raza indígena pura: esbelto, robusto, con el pelo negro y lacio, la tez cobriza, escaso bigote y sin barba, cualquiera le hubiera podido señalar como un legítimo descendiente de Moctezuma.

Don Diego habia llegado á México muy rico, pero sin saber nadie su procedencia; unos le creian originario de las provincias internas, otros de Antequera, los otros de Zempoala ó de las márgenes del Grijalva, y algunos aseguraban que habia venido de la Cuba ó de la Española. Él por su parte jamás dió explicaciones, y su origen quedó envuelto

el resultado que se deseaba, y Don Enrique comenzando por un capricho sus amóros con Ana, llegó por este medio á estar completamente apasionado.

Cuando un hombre llega á esta situacion, por clara que sea su inteligencia y grande la fuerza de su voluntad, sigue como un niño las menores indicaciones de la mujer que ama, no comprende jamás que se engaña, se irrita contra el que intenta sacarle de aquella esclavitud, y no vive sino para aquella mujer, que es siempre para él ó la redencion ó el abismo.

Los viejos y los hombres que se llaman de mundo, son generalmente los que se encuentran mas expuestos á padecer esta terrible enfermedad de corazon, y Don Enrique y Don Diego habian llegado á padecerla simultáneamente por la misma mujer.

La pérdida repentina del amor de Doña Ana en el uno, y los obstáculos imprevistos en la pasion del otro, habian inflamado aquellos dos corazones jóvenes y ardientes.

Don Enrique se sentia capaz de cualquier sacrificio por Ana, pero la idea de casarse con ella le parecia un sacrilegio. Por nada en el mundo hubiera prescindido de aquella mujer; pero las ideas de nobleza que le habian infundido desde su niñez, le hacian ver como imposible una boda con una mujer que, además de ser hija de un comerciante que no era ni aun hidalgo de aldea, gozaba de no muy buena reputacion en la corte por los constantes galanteos de que habia sido objeto, y que segun opinion general, habia recibido con buena voluntad.

Acercábase el día de San Hipólito, y la ciudad de México disponia magníficas fiestas para celebrar el 13 de Agosto la entrada de Hernan Cortés á Tenoxtitlan y la caída del imperio de los aztecas.

Las damas preparaban galas y joyas, los donceles soberbias cabalgatas; se adornaban ya con anticipacion las fachadas de las casas; en las calles por donde debia pasar la comitiva que sacaba en triunfo el pendon del conquistador, levantábanse tablados para decir loas y para contemplar el paseo, y hasta los templos comenzaban á disponerse para celebrar aquel día de gloria para los españoles y de luto y tristeza para los criollos.

Segun decia el vulgo, jamás se habia visto un lujo semejante; el cabildo y las autoridades que funcionaban en aquel año, querian eclipsar á todos sus antecesores y mostrar su lealtad y adhesion á S. M. con músicas y cabalgatas, y luces y saraos, y toros y cañas, y loas y gangarillas.

Era ya la víspera del día grande, y la animacion en la ciudad era extraordinaria; por todas partes se veian sastres y talabarteros, y bordadores y tiradores de oro, y lacayos y esclavos, ir y venir, llevando con gran cuidado lona de china, riquísimas faldas bordadas, gregüescos y ropillas de terciopelo, monturas y sillas recamadas de oro y plata, plumas, flores, joyas, costuras de brocado, en fin, objetos de fabulosos precios que apenas podia adivinarse el uso que se iba á hacer de ellos.

En los balcones de las casas habia elegantes cortinajes de damasco, de burato, bordados de sedas de colores, y se habian colocado allí en aparadores hechos á propósito, vajillas de plata, de oro y de porcelana del Japon, flores y plantas raras y exquisitas en fantásticos tibores de China, formando todo aquello una mina de riquezas capaz de ser el precio de un reino.

Don Enrique paseaba con algunos de sus amigos, divirtiéndose su ánimo con estos preparativos, y alimentando su esperanza de ver al siguiente día á Doña Ana, y de lo-

grar en el bullicio de las fiestas una oportunidad para hablarla.

Pasaba por la Plaza, frente á la capilla que se llamaba de los Talabarteros, por pertenecer á su gremio los encargados de cuidar y sostener su culto, cuando advirtió que un negrillo le seguía y le hacía señales de quererle hablar.

El jóven vaciló un momento, dudando si á él se dirigía el negrillo; pero distrájose luego con la gente y no pensó mas en él.

Llegaron así á la esquina de la calle de Tacuba, el jóven mirando á los balcones y el negrillo siguiéndole sin poder alcanzarle á él por la multitud de gente que entre ellos se interponía.

Por fin, Don Enrique se detuvo un momento; el negro se aprovechó, llegó á su lado y le tiró discretamente del ferreuelo.

Volvió el jóven la cabeza, y entonces el negrillo le enseñó una esquela, llevando al mismo tiempo un dedo á sus labios para indicarle silencio.

Habia cerca el zaguan de una casa; Don Enrique se dirigió á él y entró seguido del negrito: los amigos, que comprendieron que se trataba de alguna aventura amorosa, quedaron afuera cubriendo la entrada, y Don Enrique, considerándose seguro porque no podían verle los que pasaban por la calle, abrió la esquela y púsose á leerla.

« Amor mio »—decía la carta.

« Mañana esperaba yo verte y hablarte, pero es imposible; soy muy desgraciada: mi madre sabe que te preparas á salir capitaneando una de las cabalgatas, y no me «dejará salir á la calle en el dia, ni asistir en la noche al «sarao.

« Si me amas, si quieres que tenga yo la inefable dicha «de hablarte y de estrechar siquiera tu mano, á las doce «de la noche de mañana te espero en la reja del piso bajo, «en mi casa. ¿Vendrás? creo que sí, porque no querrás que «muera yo de pena un dia en que todos gozan tanto.

« Tuya hasta la muerte.

ANA.»

—¿Te dijo algo tu señora de palabra?—preguntó Enrique al negrito, despues que hubo leído la carta.

—Mi señor, mi amita que besa las manos de mi señor, y que usía es muy su dueño; que ahí dice que mañana no dejarán salir á mi amita porque no vea á mi señor; pero que lo espera á las doce de la noche en las rejas de un cuarto bajo que da á la calle, á esa hora que dormirá ya mi ama grande.

—Bien; ¿y crees tú que podrá estar allí?

—Mi señor, sí, porque es el cuarto de Faciquía, la nanita que fué de mi amita, y que sabe los asuntos de mi señor tan bien como yo, y Faciquía cuidará si baja el ama grande.

—Pues dile á tu amita que no le escribí porque me diste la carta en la calle; pero que antes faltaría el sol en nacer mañana, que yo en ir á la cita.

Don Enrique sacó de una rica limosnera una moneda de oro que entregó al negrillo, y le dijo con dulzura:

—Vete, y no olvides lo que te digo.

—No, mi señor—contestó el negro, besando la moneda y saliendo á la calle.

Don Enrique guardó cuidadosamente la esquela, y salió despues, seguido de sus amigos.

Aquella escena habia tenido un testigo, que si nada habia oido, casi lo habia adivinado todo.

El Indiano estaba casualmente en una casa que estaba en frente del zaguan en que Don Enrique se habia entrado con el negrillo, y por la altura en que se encontraba, podia dominar muy bien el espectáculo, y ver por encima de las cabezas de los que cerraban la entrada.

Conoció desde luego á su rival, y la agitacion que sintió en el alma, le hizo comprender que allí se trataba de Doña Ana.

Aquella carta, aquel negrito que hablaba á Don Enrique con tanto misterio, la alegría que se pintaba en el rostro del heredero de los condes de Torre-Leal, el dinero que daba al emisario, y el cuidado con que guardaba el billete, todo le hizo sospechar de lo que se trataba; así es que luego que vió salir al negro, tomó su sombrero, y mirando antes el rumbo que tomaba, se precipitó á la calle en su seguimiento.

El negro caminaba de prisa; pero el odio y los celos daban ánimo al Indiano que iba en su persecucion, y al llegar á la Plaza Mayor logró alcanzarle.

El negro sintió que le tocaban por detrás, volvió á ver quién era, y quedó admirado al encontrarse con un caballero tan ricamente vestido.

—¿Eres esclavo de mi señora Doña Ana?.....

—Sí, mi señor—dijo el negrito, sin dejarle concluir;—soy esclavo de mi señora Doña Ana, para servir á vuestra señoría.

—¿Quieres que te haga yo un negro muy rico?

—Como quiera mi señor—contestó el negro, mas admirado.

—Pero me vas á decir una cosa.

—Sí, mi señor.

—¿Qué veniste á hacer, y qué dijiste á ese caballero con quien acabas de hablar?

—Mi señor, yo no he hablado con ningun caballero—contestó hipócritamente el negrillo.

—Vamos, no mientas: ¿cómo te llamas?

—Juaniquillo me dice mi amita.

—Bueno, Juaniquillo; ¿qué le decias á ese caballero con quien hablabas en la calle de Tacuba?

—Mi señor, ese un secreto de mi amita.

—Cuéntamele.

—¡Ay, mi señor! imposible! me pegaria mi amita!

—Pero si no lo sabe, y yo te doy un regalo.

—Sí lo sabe, sí lo sabe, y me pega.

—Vamos, no seas tonto; dime, mira, esto te doy—y el Indiano enseñaba al negrillo una hermosísima cadena de oro que traia al cuello.

Juaniquillo lanzó una mirada ardiente á la cadena, y extendió su mano instintivamente.

—Tuya será—dijo el Indiano retirándose—pero dime lo que te pregunto.

El negrillo reflexionó un momento, y luego dijo:

—Se lo diria á mi señor; pero el pobre de Juaniquillo tendria que huir con los cimarrones.

—No, entonces no; yo quiero que continúes en la casa, para que me sigas dando razon siempre que te pregunte.

—¿Y siempre me dará mi amo cadenas de oro?—preguntó el negro con alegría.

—Cadenas y otras cosas mejores.

—¡Ah! bueno, mi señor.

—¿Te conviene?.....

—Sí; le gusta á Juaniquillo muchas cosas ricas y buenas.

—Dime, ¿qué veniste á decir?

—Que mi amita le envió papel á Don Enrique, y que lo espera mañana á las doce de la noche.

—¿En dónde?

—En la casa, en las rejas del cuarto de Faciquía, la nana negrita de mi amita.

—¿Y él qué dijo?

—Que iría, mi señor.

—Bien; toma la cadena, y pasado mañana me buscas por aquí en el día; pero pones mucho cuidado de cuanto se diga en la casa.

—Sí, mi amo.

—¿Puedes oír lo que allí hablan?

—¿Mi amita y mi ama grande?

—Sí.

—Por supuesto.

—Todo necesito saberlo pasado mañana.

—Le sabrá mi amo.

—Vete, pues.

El Indiano desprendió de su cuello una riquísima cadena, y la puso en manos del negro.

Juaniquillo la miró, y luego guardándola en el seno, apretó á correr para su casa.

El Indiano se quedó mirándole, y cuando el negro torció por la calle de Ixtapalapa, él se dirigió para la de Tacuba, y entró en la casa de donde le hemos visto salir.

#### IV.

#### Harina.

La casa en que entró Don Diego en la calle de Tacuba, era grande y suntuosa; habia en el patio muchos esclavos y lacayos que se descubrieron respetuosamente al ver al Indiano.

Don Diego subió lentamente la escalera y penetró en las habitaciones, hasta llegar á una hermosísima sala.

Los muebles, los tapices y todos los adornos eran de un gusto exquisito; pero se notaba á primera vista que las costumbres españolas estaban todavía en lucha allí con las de los naturales del país.

Los adornos eran, en lo general, ricos penachos de exquisitas plumas de todos colores; los tapices eran de algodón bordados y recamados de oro y de plumas, y á los piés de los estrados habia tendidas enormes pieles de tigres, de leones y de osos, que conservaban las cabezas de las fieras y que tenian las garras de oro y de plata.

Habia allí algunas mesas cargadas de figurillas, tambien de plata y de oro, y de jarrones del Japon, y de flores lindísimas que perfumaban el ambiente.

La sala estaba enteramente desierta cuando entró en ella Don Diego; pero casi al mismo tiempo se abrió una de las puertas y apareció una mujer.

Aquella mujer era jóven, y nadie entonces hubiera vacilado en reconocerla como una mexicana de sangre pura.

Sus ojos eran negros y ardientes, su pelo azuleaba como el ala de un cuervo, sus labios rojos y sumamente delgados dejaban entrever unos dientes blancos, iguales, y con un esmalte tan brillante como el del marfil. El color de su rostro no era cobrizo como el de Don Diego; era lo que puede llamarse una trigueña del color del trigo.

Vestia una túnica azul bordada de negro, sin mangas ni justillo, y ceñida al cuerpo por una gruesa cadena de oro, que dando algunas vueltas á su cintura, dejaba colgar sus dos puntas por delante. Llevaba en sus desnudos brazos ricas pulseras de oro, y sujetaba su negro cabello una especie de diadema muy angosta y de oro tambien.

El Indiano al verla entrar, se levantó y se dirigió á su encuentro.

—Don Diego—exclamó la jóven—estaba triste porque creía que no volvías.

—¿Estabas triste, Doña Marina?

—¿Estarán alegres las flores cuando se oculta el sol?

—Pero el sol, señora, vuelve siempre porque sabe que le esperan las flores, y brilla solo porque brilla por ellas.

—¿Es verdad?

—Señora, cuando no hay una flor en el invierno, el sol se entristece, y se cubre con sus nubes porque no hay flores.

—No, Don Diego; mueren las rosas porque el sol se cubre.

—Doña Marina, ¿por qué tardó mi dicha hoy, y no te ví temprano?

—Cuando salí en tu busca habias partido; ¿te cansó el esperarme?

—Salí para volver muy pronto y repetirte mi amor.

Doña Marina tomó á Don Diego de la mano y lo atrajo con dulzura hasta sentarlo á su lado.

—Don Diego—dijo, mirándole con ternura—¿por qué te empeñas en permanecer aquí? este aire es fatal para nosotros: el árbol que crece en las selvas, languidece con el ambiente de las ciudades; la flor de los campos muere en los jardines: vámonos, señor; volvamos á nuestras selvas y á nuestras campiñas, allí, donde me decias cosas tan bellas, á la luz de la luna; allí donde el viento iba cantando nuestros amores; allí donde el arroyo repetia nuestros besos: aquí todo lo que nos rodea es triste, sombrío; aquí ni flores, ni árboles, ni arroyos; hombres y mujeres que nos observan con curiosidad; aquí los rostros, y las armas, y las fiestas de los conquistadores: ¿por qué se empeña mi amor en vivir en esta cárcel?

—Tienes razon, Doña Marina; es preciso huir de este ambiente emponzoñado: aquí las mujeres no aman con el corazón, sino con la cabeza; la mano que estrecha la nuestra, busca solo probar nuestra pujanza para combatir con nosotros: aquí se respira el aliento de la esclavitud: sí, nos iremos; pero mas tarde, mas tarde.

—¿Por qué mas tarde, señor? ¿es porque ya no me amas como antes? ¿es porque mis ojos ya no son bellos para tí, ni dulce mi aliento, ni grata mi voz, ni bello mi rostro?

—Doña Marina, no digas eso; cada día te amo más, porque te comparo con las otras mujeres, y si alguna de ellas ha podido alucinar á mi alma un momento, su hermosura se ha eclipsado á tu solo recuerdo, como palidecen las estrellas al nacer el sol.

—¡Oh! esa sería para mí la suprema felicidad! Te adoro, Don Diego, y soy tuya, tuya desde que éramos niños; tú me amabas también, pero quisiste venir á México, y yo callé y lloré; lloré porque temía perderte; pero luego dije para mí: sí, que vaya, que vaya; creerá que hay en el mundo una mujer que ame como yo sé amar: que vaya, que conozca cuánto engaño, cuánta doblez encierran en su pecho todas esas damas cuyas historias nos refieren aquí los viajeros; que las ame, que le hagan padecer, y entonces volverá sus ojos á mí, y me encontrará digna de él, y guardando su amor, como guarda su perfume el capullo de la rosa: esto dije, y me consolé, Don Diego; y como se cierran las flores cuando el sol se oculta, para abrir su cáliz puro con la aurora, llegó la noche de la ausencia, y mi alma se cerró esperando la mañana de tu amor, y esperé, y esperé, y con los vientos que venían te enviaba mis besos y mis suspiros, y á los que iban les preguntaba por tí, y tu imagen estaba allí, y la buscaba en las sombras de nuestros bosques y al márgen de nuestros arroyos; los soles pasaban, y moría una luna y nacía otra, y en vano te esperaba; los árboles perdían sus hojas, y luego volvían á vestirse, y cuando veía yo sus tiernos brotes, decía: «antes que caigan esas hojas estará aquí;» los vientos fríos arrastraban aquellas hojas secas entre el bosque, y yo lloraba porque tú no estabas allí.

Dos lágrimas rodaron por las mejillas de la jóven; Don Diego la estrechó contra su pecho y besó su frente.

—Por fin, me decidí; sentía la muerte que se acercaba, y no temía morir, sino morir lejos de tí y sin verte: emprendí mi viaje, y después de muchos días llego á tu lado, en esta ciudad en que todo me asombra y me da miedo: ¡ay Don Diego! ¡y cómo te encuentro? triste, sombrío. Apagado el brillo de alegría de tus ojos con las huellas del padecimiento impresas en tu rostro, señor; tú has sido desgraciado aquí; por eso odio á estas mujeres; no porque me han robado algunos días tu amor, sino porque no han sabido comprenderte; porque tímidas ó engañosas palomas, no han podido seguir en su vuelo al águila de nuestros bosques.

—¡Doña Marina! qué criminal soy! porque jamás debí haber puesto mis ojos sino en tí, tan noble, tan bella, tan digna; pero el cielo se ha encargado de la venganza: yo no comprendí ni tu amor ni la grandeza de tu alma, y estas mujeres, señora, no me han comprendido, ni han medido la altura de mis pensamientos.

—Don Diego, me horrorizan esas mujeres, porque yo conozco tu corazón, y comprendo lo que te habrán hecho sufrir; pero, amor mío, vuelve á mí, vuelve; te adoro como siempre; pura está para tí mi alma; el fuego de mi pasión ha vivido inextinguible en mi pecho, y solo tiemblo ante la idea de que no seas ya para mí lo que eras antes.

—¡Marina! Marina! el frío del infortunio ha tostado mi frente, ha apagado el ardor en mis miradas, pero aun está vírgen mi corazón; porque estas mujeres que han reído de mí, que han querido jugar con mis sentimientos, no son capaces de amar, y por eso no pueden inspirar una verdadera pasión, una pasión ardiente, pura, como la que he sentido siempre por tí, y que se ocultaba avergonzada al en-

contrarse entre los placeres de esto que se llama sociedad.

—¿Pues por qué no nos vamos?

—Doña Marina, pronto regresaremos á nuestra patria; pero antes necesito algunos dias.....

—¿Y para qué?

—¡Para vengarme!

—¿Vengarte? ¿y de quién?

—De un hombre que me ha burlado, de una mujer que me ha despreciado.

En las pupilas de la jóven brilló rápidamente un relámpago de furor.

—¿Amas acaso á esa mujer?—preguntó con voz sorda.

—No la amo, la odio.

—¿Entonces la amaste?

—Tampoco; creí llegar á amarla, y me despreció.

—¿Y ese hombre?

—Es su amante.

—¿Tienes celos?

—Te he dicho que no amo á esa mujer.

—¿Me lo juras?

—¡Te lo juro!

—¿Por la sombra de nuestros padres?

—¡Por la sombra de nuestros padres!

—¿Tardará mucho tu venganza?

—Tal vez no.

—Te ayudaré si quieres; pero partamos pronto.

—Partiremos el mismo dia.

—¿Cómo se llama esa mujer?

—Doña Ana de Castrejon.

—¿Y su amante?

—Don Enrique Ruiz de Mendilueta.

—Te ayudaré si me crees útil.

—Quizá serás el instrumento que Dios me envia.

Doña Marina se arrojó en los brazos del Indiano, y con una especie de furor unió su boca á la del jóven en un ardiente y prolongado beso.

La tarde espiraba, y en la penumbra que envolvía la estancia brillaban como dos estrellas los ojos de Doña Marina.